

EL GENIO.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DISCURSO

SOBRE LA FILOSOFÍA FUNDAMENTAL DE BALMES.

~~~~~  
(Continuación.)

He aquí, pues, el cristianismo haciendo la diferencia entre el conocimiento intuitivo y el discursivo; entre el conocimiento por el cual el entendimiento se eleva á Dios procediendo de los efectos á la causa y reuniendo en esta las ideas de sabiduría, de omnipotencia, de bondad, de santidad, de perfección infinita; y el conocimiento en que el espíritu no necesitará de andar recojiendo discursivamente varios conceptos para formar con ellos la idea de Dios, en que el ser infinito se ofrecerá claramente á los ojos del espíritu, no en un concepto elaborado por la razón, ni bajo los sublimes enigmas ofrecidos por la fe, sino tal como es en sí propio, siendo un objeto dado inmediatamente á la facultad perceptiva, no un objeto encontrado por la fuerza discursiva ni presentado bajo formas augustas" (1).

¿Qué uso hace Kant de los conceptos puros distintos de la intuición? ¿Cree por ventura que en el entendimiento puro hay verdaderas ideas á que corresponden objetos verdaderos, sobre los cuales se puede discurrir independientemente del orden sensible? ¿Tales conceptos tienen en su sistema un valor efectivo, ó constituyen solo meras funciones lógicas, derivadas de principios *a priori* de la inteligencia?

"El entendimiento, dice Kant, no puede hacer jamás un uso trascendental de todos sus principios *a priori*, no puede emplear sus conceptos sino empíricamente; pero jamás de un modo trascendental. El uso trascendental de un concepto en un principio consiste en que se refiere á las cosas en general y en sí, mientras que el uso empírico se refiere á los solos fenómenos, es decir á los objetos de una experiencia posible.... Un objeto no puede ser dado á su concepto sino en la intuición; y aunque una intuición pura sea posible *a priori* antes que

el objeto, sin embargo no puede recibir su objeto y por consiguiente su valor objetivo, sino por la intuición empírica de la cual ella es forma. Todos los conceptos y con ellos todos los principios, aunque sean *a priori* se refieren no obstante á intuiciones empíricas, es decir, á datos de la experiencia posible. De otro modo no tienen un valor objetivo, no son mas que un verdadero juego ya de la imaginación, ya del entendimiento, con las representaciones respectivas de una ú otra de estas facultades.....

"Se sigue incontestablemente de lo dicho que los conceptos puros del entendimiento no pueden jamás tener un uso trascendental, y si únicamente un uso siempre empírico y que los principios del entendimiento puro no se refieren á los objetos de los sentidos, sino cuando los sentidos están en relación con las condiciones generales de una experiencia posible; pero jamás á las cosas en general sin relación á la manera con que nosotros las podemos percibir." (1.)

Con semejante doctrina el filósofo alemán destruye toda la ciencia metafísica, reduciendo el entendimiento á la facultad de concebir formas vacías, principios subjetivos y generales único alimento de un espíritu que anhela por alcanzar la verdad. "Cuando la inteligencia, dice Kant en su lógica, ha llegado á conocer las leyes á que está sometida, experimenta un goce indefinible." ¡Triste placer en verdad el que estriba en el conocimiento de unas leyes que solo le revelan su impotencia! ¡Triste filosofía la que condena la razón á un escepticismo tan desolador!

"Difícilmente se puede encontrar doctrina más dañosa: ¿qué le resta al espíritu humano, si se le quitan los medios para salir de la esfera sensible? ¿á qué se reduce nuestro entendimiento si sus ideas mas fundamentales y sus principios mas elevados no tienen ningun valor para enseñarle algo sobre la naturaleza de las cosas? Si el mundo corpóreo no es para nosotros sino un conjunto de fenómenos sensibles, y nada podemos conocer fuera de ellos, nuestros conocimientos nada tienen de real, todos son puramente subjetivos, el alma vive de ilusiones

(1.) *Filos. fund.* t. 3.º pág. 73.

(1.) *Lógica trascendental*, lib. 2, cap. 5



y se envanece con creaciones imaginarias á las que nada corresponde en la realidad. Forma subjetiva el espacio, forma subjetiva el tiempo, conceptos vacíos las ideas puras, todo es subjetivo en nosotros; nada sabemos de los objetos, ignoramos absolutamente lo que hay, y solo sabemos lo que nos aparece. Esto es el escepticismo puro... En la doctrina de Kant no se presenta tan chocante la extravagancia, ni tan deforme el error como en las obras de Fichte, Schelling y Hegel; pero en ella está el germen de los mas funestos errores." (1.)

No se concibe en ninguna produccion del espíritu mayor elocuencia, ni mas profunda verdad que en el magnifico pasaje de Balmes. "No, no está condenado el espíritu humano á una esterilidad tan desesperante: la razon no es una palabra vana; el raciocinio no es un juego pueril que solo sirva de entretenimiento. En medio de las preocupaciones, de los errores, de los estrayos de la misma humanidad, descuella esa fuerza, esa actividad admirable, con la cual el espíritu se lanza fuera de sí propio, conoce lo que no puede ver, y presiente un nuevo mundo, que ha de sentir un día. La naturaleza está velada á nuestros ojos; arcanos impenetrables nos rodean; encontramos por do quiera sombras que nos encubren la realidad de los objetos; pero al traves de esas tinieblas, columbramos algunos destellos de luz: no obstante el profundo silencio que reina en el piélago de los seres entre cuyas oleadas nos agitamos, como gotas imperceptibles en la inmensidad del Océano, oímos de vez en cuando voces misteriosas que nos indican el mundo que debemos seguir para llegar á playas desconocidas." (2.)

(Se continuará.)

JUAN M. ORTI.

## MI VECINO EL BOTICARIO.

4.

A la llegada de aquellas señoras se reprodujo el movimiento de costumbre: suspendiéronse los juegos, lecturas y conversaciones; se levantaron todos y hubo besos hipócritas por parte de las damas, al par que saludos, un poco mas francos, por la de los caballeros. Gustavo volvió bruscamente la espalda á la jóven con quien hablaba y salió al encuentro de su madre y de su prima, que demostraron mas sorpresa que alegría al hallarle en aquel sitio.

D. Cosme se había acercado entretanto, y me decia frotándose las manos de júbilo.

—Ahora ya está la fiesta completa: vé V., vecino, esa jóven tan humilde y modestita que acaba de entrar en el salon? Pues ahí donde V. la vé, tan tímida y tan pacata, es un tesoro de habilidades sin cuento. Lo mismo le plancha á V. una camisa que le canta un aria de la *Norma*: con las mismas manos que guisa un pollo en escabeche, pinta cua-

dro que en nada ceden á los de Villaamil, Lopez ó Esquivel, y es capaz de rendir á tres de los mas furiosos *polkistas* en hablandose de baile, del propio modo que arranca lágrimas á todo ser viviente cuando se trata de representar el papel de Condesa de Santamarta en las *Borrascas del corazón* de novia de Marsilla en *Los amantes de Teruel*.

Y luego la pobre muchacha tiene un corazón excelente; cualquier pobre puede recurrir á ella que seguro está de ser bien recibido: ya se guardaria de ir á gozar ó á divertirse mientras oyese á su alrededor un lamento, una queja, y no tratase de acallarlos.

Imponderable es la satisfaccion que yo recibia oyendo estas palabras de boca de D. Cosme; por primera vez le escuchaba con gusto, y creo que nunca hubiera acertado á interrumpirle si el no lo hubiese hecho de motu proprio, diciéndome.

—Calle! V., hacia aquí viene D. Timoteo padre de la *comerciantita* de que le hablé á V. antes: en caso de que le dirija la palabra, mucho cuidado con lo que V. le responde porque es un viejo muy quisquilloso, á quien es preciso guardar consideraciones si es que aspira V. á enlazar las bellas letras con las apetitosas de cambio.

Oh y cuántas maldiciones *in petto* le eché en aquel instante al tal D. Timoteo! Si hubiese estado en mi mano le envío por lo pronto un ataque apoplético que lo deja clavado en el sitio en que se hallaba.... Esto, sin embargo, no impidió que preparase el mejor semblante, la mas benévola sonrisa para recibirle: vivimos en sociedad y la sociedad nos obliga á imprimir el ósculo traidor de Judas en la faz de nuestro mayor enemigo.

—Hola señores; fué la entrada del bolsista; qué se hace? lo que yo... aburrirse. Dígame V., caballero, continuó dirigiéndose á mí: habrá mañana buen tiempo? supuesto que es periodista debe V. saberlo.

—Uno de tantos, me dije para mí ya ha tiempo acostumbrado á oír estas y otras tan estemporáneas preguntas: es probable, añadí en voz alta, la tempestad despeja á estas horas la atmósfera, y si mis cálculos no son errados mañana tendremos uno de los mas hermosos días de primavera.

D. Timoteo meneó la cabeza con un aire que me pareció de duda.

—Ha estado V. hoy en la bolsa? preguntéle yo á mi vez.

—No es mala, no es mala, me respondió con mucha seriedad D. Timoteo; pero mas guapa era su madre.

—Qué diablos dice V.? exclamé algo amostazado.

—Mi sobrino? Pobrecillo! me lo han cojido los facciosos y no sé nada de él, repuso mas imperturbable que nunca mi señor D. Timoteo.

—Se burla V. de mí? exclamé enteramente enfadado: es V. loco por ventura?

—Sí, Señor.... Es un tunante ese Pedro: hoy le di mi reloj que estaba parado.....

—Váyase V. al *cuerno*, dije volviéndole la espalda.

—Está en él, me dijo con maligna sonrisa D. Cosme, señalándome un hombrecillo que estaba á nuestro lado muy cerca de un grupo formado por su mujer y un vetusto propietario: pero yaya, ve-

(1.) *Filosof. fund. t. 3.º pág. 63.*

(2.) *Ibid pag. 96.*



ciño, no se incomode V. con el pobre D. Timoteo, cuyas ridiculeces emanan tan solo de su sordera.

—Acabáramos, Sr. D. Cosme, dije respirando con mas gusto: pudiera V. habérmelo prevenido y me hubiera ahorrado un mal rato.

—Con que vaya, vecino, busque V. un buen puesto porque la función va á empezar: le indicare á V. el programa requisito cuyo cumplimiento se me había pasado por alto. *Se dará principio* con un duo de la *Norma* cantado por la Srta. Teresa y su primo; y acompañado al piano por mi hija Adelaida. *A continuación* se representará la pieza en un acto *A la zorra candilazo* por la comerciantita y el Sr. Gustavo. *Seguirá* el precioso vals coreado que empieza

*Alabastros*

*Con cien astros*

*Iluminan la florida estancia.....*

concluyendo la función con la escena del delirio de la Condesa en *Borrascas del corazón*, por la Srta. Teresa y el caballero aficionado que guste hacer el papel de D. Luis. He dicho. ¿Que le parece á V., Señor D. Adolfo?

—Que está muy bien y que no economiza V. medio alguno para hacer amena y divertida su reunión. Una pregunta se me ocurre hacerle á V.: se ha encontrado ya quien represente el papel de D. Luis?

—Desgraciadamente no. Un tal Enrique, joven muy guapo, á quien siempre se le confía, no podrá venir esta noche porque se halla gravemente enferma su Carolina de resultas de una cita á que asistió en una noche lluviosa. Y... ya vé V., esto nos pone en un grave apuro....

—De que tengo á dicha poder sacarle, Sr. D. Cosme: casualmente sé de memoria todas las obras del Sr. Rubi, poeta á quien estimo sobremanera, y... si no hay inconveniente, supliré la ausencia de mi amigo Enrique.

—Noticia, noticia, gritó D. Cosme con poderoso acento: esposa, ya tenemos quien haga el papel de D. Luis; Sra. D. Clara, ya hay quien acompañe á su hija de V.: Sr. *Mirotoir*, verá V. un cómico: mal haya para los *Lemaitre* y *Bouffés* de nuestro rancio París.

Y en su entusiasmo el buen farmacéutico se llegó hasta el mismo D. Timoteo, diciéndole.

—Vaya: encoja V. esa *geta*, compadre: la función de esta noche va á sobrepujar á todas las pasadas.

—Eh! qué dice V., qué hace frío? Yo no lo tengo, replicó el sordo señor.

—La culpa tiene quien habla á mentecatos, murmuró D. Cosme y siguió dando á todos la noticia.

—Ah! picaruelo, me dijo la *comerciantita* metiéndome casi el abanico en las narices: no me dijo V. que no sabía representar?

—Afectos fingidos, es muy cierto; pero cuando estos son verdaderos y se dirigen á una joven linda, guapísima, por ejemplo... como V., oh! entonces se representará y con la mayor vehemencia.

La joven me dió gracias por lo *linda* y lo *guapísima*, no habiendo entendido de lo demás ni una jota.

Ya á este tiempo había circulado la gran noticia entre los concurrentes, y cuando volví el rostro me vi blanco de las miradas de todos ellos. Sostívelas

con intrepidez; pero hube de bajar mis ojos al tropezar con la vista de Teresa y de Gustavo. La primera me miraba con una especie de sorpresa y de listima; el segundo con una expresión reconcentrada de odio. Sin saber lo que hacía adelantéme pausadamente hasta llegar al lado de Teresa, á quien dije procurando vencer mi natural timidez.

—Señorita, V. tendrá á bien que reemplace á mi amigo Enrique en el desempeño de su papel?

—Por piedad, caballero, repuso Teresa en voz baja, renuncie V. á esa pretension: por su interés propio hágalo V.

Pronunciando estas palabras dirigió una mirada de terror al sitio en que se hallaba Gustavo, pálido, inmóvil, y acariciando con su derecha mano cierto objeto que le salía de la *faja*.

—Señora, dije á Teresa haciendo ver que la había comprendido: antes era un placer para mí la honra de representar á su lado; ahora ya es un deber á cuyo cumplimiento espero no tendrá V. la crueldad de oponerse.

—Sea como V. quiera, caballero: mucho me hubiera alegrado de que desistiese, porque hay en esta sala quien se cree con derecho á esquivarlo; mas una vez que V. se empeña le concedo el permiso que solicita, y lo hiciera con doble gusto si en esta concesion no fuera envuelto un gran peligro para V.

—Mil gracias, Sra., por su bondad y por ese interés que le inspiro; mas sepa V. que por una sola de sus miradas soy capaz de arrostrar todos los peligros del mundo.

Teresa se sonrió dulcemente y clavó en mi una de sus miradas angelicales.

—Lo sabía antes de ahora, caballero.

—Cómo? exclamé con sorpresa.

—Ayer mismo, á eso de las doce, lo ví á V. asomado á la ventana y de tal modo se inclinaba V. para ver lo que pasaba en mi cuarto que mas de una vez me temí una catástrofe.

—Y por eso sin duda abandonó V. su estancia, premiando con tanta crueldad mis esfuerzos.

—No, no, caballero, exclamó vivamente Teresa, me retire porque acababa de entrar mi primo, y sobre todo, añadió arrepintiéndose de la confesion que se le había escapado, porque no gusto de alentar esperanzas locas.

—Muy bien, Sra., repuse con tristeza: un año hace que vi á V. por primera vez en la feria del Cármen: despues la perdí de vista y vanos fueron mis esfuerzos para volverla á ver en todo ese tiempo: lo que he sufrido durante ese año solo Dios lo sabe.... Al cabo, hace tres dias, he logrado hallarla de nuevo: me vine á vivir enfrente de V. con objeto de verla á todas horas porque es V. mi vida, mi existencia.... y ahora que consigo hallarme delante de V., ahora que arrastrándome á sus plantas le hago la confesion sincera de los sentimientos nobles y profundos que ha sabido V. inspirarme, se atreve V. á llamar *locas* mis esperanzas! se atreve V. á desgarrar un corazón que solo por V. late y que se siente herido de muerte al escuchar esas terribles palabras?....

—Silencio, imprudente, dijo Teresa palideciendo, acaba V. de atraer la atención de todos y en



especial la de mi primo.

—De su primo de V.! exclamé con amargura: teme V. que su primo nos vea? Oh! ahora lo comprendo todo: si, ese desvío que hacía mi demuestra procede de que otro ocupa mi lugar.... y ese otro... ese otro es su primo de V. ¿Con qué ese peligro que me amenazaba me ha de venir del Sr. Gustavo? y V. se mostraba generosa conmigo.... me tenía lástima!.... Pues bien: yo seré ahora quien lo busque: si logro deshacerme de él tendré un enemigo ménos; en caso contrario, perderé una existencia que desde hoy me es aborrecible. A Dios, Sra., y él quiera perdonar á V. todo el mal que me ha hecho.

—Deténgase V., cruel, deténgase V., exclamó Teresa con visibles muestras de espanto: conozco que voy á faltar á mis deberes, al decoro propio de una doncella bien criada; pero no hallo otro medio de evitar una desgracia.... si cometo una falta Dios me la perdonará. Sepa V., infeliz, que aborrezco á mi primo ..... y que solo amo á V.

Transportado de júbilo me dejaron estas palabras á tal punto que no advertí la fuga de la que las había pronunciado.

Sacóme de mi enagenamiento una mano que se posó sobre mi hombro, al mismo tiempo que una voz sarcástica esclamaba á mi oído.

—Dos palabras, caballero.

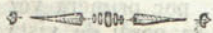
Apesar de mi valor no pude ménos de temblar reconociendo á Gustavo.

(Se continuará en el próximo número.)

ANTONIO ARIAS Y CALVENTE.

Insertamos á continuacion un bellissimo fragmento del drama (inédito) titulado *Isabel la Católica* que escribe el ilustre poeta D. Tomas Rodriguez Rubí, y que debemos á la amistad y consideracion con que tiene á bien distinguirnos su autor.

## FRAGMENTO.



Reina. ....

Pero dejemos ya tales quimeras, y á Beatriz que prepara su memoria, narrar oigamos la anunciada historia.

Beatriz. Señora, será breve.

Reina. .... Como quieras.

Beatriz. Era una noche tempestuosa: el viento remolinando la tostada arena, las rocas azotaba en son violento de la agreste sin par Sierra-Morena. Bien armado un ginete, y al acaso,

de aquella noche en las medrosas horas, cruzaba el alta sierra paso á paso sin esquivar las atalayas moras.

Iba triste.... la sombra le envolvía.... de pronto el vendabal trajo á su oído, en medio aquella soledad umbria, un humano tristísimo gemido.

Detuvo su corcel: trazó su mano en la frente una cruz... (que era el guerrero magüer mozo resuelto, buen cristiano) y en seguida buscó la de su acero.

Pimentel. ¿Qué sería?

Beatriz. Esperó.... se estuvo atento.... se inclinó para oír.... tiempo perdido. Creyó que fué ilusión aquel lamento, ó un ¡ay! del huracán embravecido. Y entrambos acicates aplicando al generoso bruto, plegó el talle, y á la sierra de Córdoba guiando despues de un hora descendió hasta el valle. Franca la puerta halló de una cabaña, y el palafrén dejando entrose en ella; — ¡ha del huésped! — gritó; pero ni estraña ni amiga voz á la demanda aquella respuesta le volvió. Siguió adelante, y en el rincón mas lóbrego y sombrío, del hogar á la llama vacilante, logró ver á un anciano inmóvil, frío. — ¿Das posada? — Y el viejo silencioso como una estatua inmóvil proseguía....

Pimentel. ¿Estaba muerto?

Beatriz. No, llanto copioso por sus mejillas pálidas corría. Le dijo el caballero — Tu querella sepamos de que nace, ¿quieres oro? — Y en sollozos rompiendo..... "¡Ay de mi (Estrella..., hija del alma que perdida lloro...." clamó por fin el venerable anciano. "Estrella se llamaba, aquí lucía.... mirame! ciego soy, pero su mano en la sierra y el valle era mi guía! Los moros se arrojaron de la cumbre de ese monte esta tarde.... aquí llegaron, y al derramar el sol su última lumbre á mi Estrella del valle arrebataron. Quien quier que seas, tu camino sigue: ya te dije el porqué de mi querella: no haras que el oro mi dolor mitigue.... Déjame, vete en paz... ¡ay de mi Estrella!"



— Tu *Estrella* buscaré. —

— Tente! no vayas....

¡Tarde con ella tu valor daría....!  
encerrada estará en las atalayas....  
ó acaso muerta!.... — Y mientras así decía  
sobre su potro el paladín saltando  
á los peñascos se lanzó violento,  
y el nombre de la Virgen invocando  
tornó al lugar donde escuchó el lamento.  
Cercana una atalaya descubría....  
y á la atalaya fué.

*Pimentel.* Bien.

*Beatriz.* Mas del muro  
al llegar, vió que un bulto descendía,  
que en el suelo tocó y huyó en lo oscuro.  
Halla una escala puesta: en son doliente  
desde adentro una voz ayes exhala,  
y desmontando silenciosamente  
espada en mano se arrojó á la escala.

*Pimentel.* Que me placen tan raras aventuras.

*Beatriz.* Entra en la torre, y solo una doncella  
atada ve con fuertes ligaduras....  
— ¿Eres *Estrella* tú? — Yo soy *Estrella*...  
responde la infeliz — Si eres cristiano,  
denme ayuda tu honor y fortaleza;  
que estos perros con su hálito profano  
aun no han manchado el sol de mi pureza.  
Mas ¡ay! que volveran.... — Audaz desata  
á la angustiada jóven el guerrero;  
hasta el muro la lleva, y la arrebató  
entre sus brazos arrogante y fiero.  
Sobre el caballo suben.... ya se alejan....  
mas de pronto relinchos de corceles  
oyen en torno y voces que semejan  
el salvaje clamor de los infieles.  
Y era cierto.... los bárbaros venían  
á robar la cautiva al caballero:  
le rodean.... le acosan y porfían....  
mas siempre encuentran el caliente acero  
del valiente adalid rayos lanzando;  
se revuelve.... con él ábrese calle,  
y á través de las breñas escapando,  
al romper de la aurora entró en el valie.

*Pimentel.* Gloria al valiente!

*Beatriz.* Y encontré al anciano  
en el mismo lugar... — Hé aquí tu *Estrella*!  
le dice; abrazala! de Dios la mano  
te la devuelve pura. Ven con ella  
á mi casa de Córdoba; seguro  
asilo allí tendreis, sin pesadumbres;

que arrojar á los moros de esas cumbres  
antes de un año por mi Reina os juro.—

*Pimentel.* Y ¿cómo se llamaba  
la Reina del cristiano?

*Beatriz.* Se llamaba Isabel.

*Pimentel.* Me maravilla!  
como vos....!

*Reina.* Isabel? Yo la Primera  
soy de ese nombre que reinó en Castilla.

*Beatriz.* Es que por vos el juramento era.

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

## UN PERSONAJE

### CÉLEBRE.

(Continuacion.)

El embajador se inclinó y el regente recorrió la carta; estaba dirigida al enviado frances y contenía estas pocas palabras.

« Caballero, escribo á mi embajador lo mismo  
« que á vos para un asunto interesante. Es menes-  
« ter impedir á toda costa una alianza entre la In-  
« glaterra y el embajador de P.\*\*\*: este es un hom-  
« bre limitado y presumido, á quien no os será  
« difícil manejar.

« Bonaparte, primer cónsul »

El regente dijo despues de haber concluido es-  
ta lectura.

—Boatswain es mas dichoso de lo que yo pen-  
saba, Sr. embajador: acaba de descubrir cierta cosa  
que os concierne,

—A mí? dijo el embajador de P.\*\*\*

—A vos; leed!

El embajador leyó y la elocuencia del documen-  
to escrito fué mas eficaz que la del regente, por-  
que desde este momento el diplomático furioso no  
respiró mas que guerra y matanza. Esto era grave  
pero lo que fué aun mas, es que envió tales des-  
pachos, que su gobierno se declaró contra la Fran-  
cia, y la alianza llegó á efectuarse. Tal fué el pri-  
mer acto político de Boatswain, y de aqui resultó  
como sabeis una de las mas sangrientas guerras del  
mundo, y el trastorno de la Europa entera....

—Y Napoleon, dije yo al guia, probó efectiva-  
mente al embajador que tenia un talento muy li-  
mitado destruyendo la alianza en Austerlitz.

Boatswain pareció siempre ignorar la parte que  
le tocaba en estos sucesos, y no perdió nada de su  
modestia y simplicidad: es menester decir que su re-  
putacion decaía como todas las cosas del mundo. El  
regente se aficionó á los caballos, y regaló su an-  
tiguo favorito á Brunel, rey de los elegantes. Brun-  
nel lo vendió en trescientas guineas al duque de Ri-  
chemond, el duque lo vendió en doscientas al mar-



ques de Argile, el marques de Argile al conde de Hereford, este en ochenta á lord Ross. Evidentemente Boatswain no era estimado en su justo precio. Por dicha encontró en fin un dueño digno de él. Lord Ross lo regaló á un médico de la sociedad real de Londres, la cual era como todos saben, la Academia Francesa del país. Nuestro sabio era muy raro, decia que los animales valen mas que los hombres, y en consecuencia se aficionó á Boatswain, y fue correspondido. Sin embargo habia mucha diferencia de la comida que se consumia en casa del académico á los alones de perdices y becadas del príncipe regente, á las sesadas fritas del elegante Brunel, á las perdices rellenas del duque de Richmond, á los solomos de carnero del marques de Argile, á las chuletas del conde de Hereford, y al rico lomo de lord Ross; lo que prueba incontestablemente la delicadeza de gusto de Boatswain. Vivía pues dichoso cuando se le puso al sabio en la cabeza visitar la Francia; esto no era permitido entónces mas que á los académicos, porque Napoleon no hacia la guerra á la ciencia. El físico no se satisfizo con este permiso y pidió una audiencia al vencedor de Austerlitz. Esto pasaba en Saint-Cloud á la hora de almorzar. Napoleon estaba en un pabellon en medio del parque, y no queriendo incomodarse por un ingles, mandó que lo introdujesen al momento. Esto era extraordinario para un tirano, como le llamaban las gazetas de Viena y Londres: pero lo que era mas extraño aun, era verlo tomar una taza de chocolate, mientras que otras muchas gacetas le acusaban de que se alimentaba con niños crudos. El sabio se turbó al principio, pero se repuso y trabaron conversacion sobre la física. Bien pronto se oyó á la puerta como un murmullo prolongado. Napoleon se levantó para ver de donde provenia este ruido.

—Señor, dijo nuestro sabio que era como hemos dicho, muy original, es un amigo mio que se ha quedado á la puerta, y como no está hecho á dejarme se queja á su modo.

—Y bien, de buena gana conoceria á vuestro amigo, dijo con amabilidad el Emperador.

Abrióse la puerta y Boatswain se precipitó hácia su dueño, saltando y haciendo mil cabriolas. La desgracia hizo que tropezase con un magnifico vaso de porcelana de sévres, que cayó al suelo y se hizo mil pedazos. El sabio furioso cogió una silla y se disponia á matar á Boatswain, cuando Napoleon, se interpuso, diciendo con calma.

—Caballero, será fácil volver á encontrar un vaso igual, pero dificilmente se encontraría otro perro tan hermoso como este; os pido su perdón.

Bien podrá comprenderse que el sabio no se lo hizo repetir dos veces. Concedida la gracia, Boatswain que seguramente lo habia observado todo se acercó á su libertador, pareciendo que hablaba la elocuencia de su brillante mirada. Napoleon lo acarició en silencio durante algunos instantes, y después dijo al físico.

—Ved ahí, caballero, los hombres no son siempre tan reconocidos. Qué lástima que este perro no tuviese su memoria!

—Boatswain es una verdadera escepcion, respondió el ingles, se acuerda largo tiempo del mal y sobre todo del bien que se le hace.

—En hora buena, dijo Napoleon con melancolía, gracias á vos, caballero, no habré perdido este dia.....

Se hubiese dicho que Boatswain comprendia estas palabras, porque dió un leve gruñido, acompañado de un movimiento de su hermosa cola, como para certificar al Emperador que tenia razon. Terminada la audiencia, el sabio volvió á Paris de donde tomó el camino de su isla, mientras Napoleon tomaba la de alguna capital enemiga.

El emperador espermentó demasiado pronto la seguridad de su opinion con respecto al reconocimiento de los hombres. Vendido por los soberanos á quienes habia perdonado, fué precipitado del trono en 1814, y confinado como sabemos á la isla de Elba.

No se podria negar que Boatswain tuvo gran parte en estos sucesos, por consecuencia de la que tomó en la alianza de 1805. Sin la campaña de Austerlitz, muchos amores propios no hubieran sido heridos, muchos odios no se hubieran apagado para estallar mas tarde. Bien se vé que los perros en general y Boatswain en particular no son tenidos en la historia por su justo valor. Sea como sea, mientras Napoleon estaba en la isla de Elba, Boatswain envejecia en algun arrabal de Londres, su dueño el sabio habia muerto, y por consiguiente nuestro héroe habia pasado con el resto de los bienes del difunto á manos del heredero. Sus facultades empezaban á desmerecer, se habia vuelto pacifico como un filósofo que ha visto y reflexionado mucho, y que en fin deja á la providencia el cuidado de arreglar todas las cosas.

Su antiguo protector Napoleon no pensaba del mismo modo, desde el fondo de su isla preparaba los medios de volver á entrar en Francia y meditaba nuevas campañas. Nadie lo hubiese sospechado al ver el cuidado con que gobernaba sus pequeños estados, en tranquilidad aparente, y la gracia sin mezcla de amargura con que recibia á los extranjeros. Es menester confesar que en este tiempo la cadena del cautivo era aun bastante larga.

(Se concluirá.)

## VIAGE DEL PUERTO DE SISIRAN AL REINO DE NUEVA ESPAÑA.

POR EL ESCMO. SR. D. FRANCISCO ANTONIO MOURELLE.

(Continuacion)

Entónces me ofreció todas aquellas frutas que con sus mismas gentes mandó al bote llenándolo enteramente, y vueltos á sus respectivos puestos mantuvieron tal silencio que apenas se oia un sor-do murmullo entre todos, contestando únicamente á sus palabras los que por su graduacion se sentaron á su lado. Yo no sabia en que pararia aquella espectacion y por tanto prevenia desde allí á mis gentes que tenian á su frente el primer Piloto la prontitud para hacer sus descargas de fusil y pistola en el



caso de cualquier repentina sorpresa.

Luego salió un robusto mancebo con la mano izquierda en el pecho, batiendo con la derecha el doble del codo, dando muchos brinco por la plaza hacia aquellos que no eran de su partido, y saliendo de estos otros con los mismos ademanes, combatieron a la lucha asiéndose de los ceñidores, y empujándose con tanta violencia, que sus venas y músculos parecían tan gruesos como dedos, finalmente el infeliz, que cayó en el suelo, dió tal golpe, que creí no pudiera levantarse: pero cubierto de polvo se retiraba sin volver el rostro, y solo el vencedor hacia gran rendimiento al Rey cantando los suyos, no sé si la victoria, ó el ultraje del vencido.

Este combate duró por espacio de dos horas en el cual vi quebrarse á uno un brazo, y salir otros heridos del terrible golpe con que hacían resonar el campo.

Interin se continuaba la lucha salían otros á batirse con los puños, ciñéndose con cordeles la muñeca y mano, en tal disposicion que las dejaban como duros garrotes. Este modo de combate fué mucho mas terrible que la lucha, pues a los primeros golpes herían las frentes, cejas, mejillas y todas las partes del rostro; de modo que siendo este quien recibía aquellas fieras descargas quedaba mas encendido que la grana, y mas inflamado que una bota: yo ví que algunos perdieron el terreno de la puñada que recibieron y á la verdad, que ellos mismos miraban con respeto este desafio, pues no todos lo emprendían ó admitían.

Muchas jóvenes, y en particular las que servían á la Reina concurrieron al convite, en las cuales noté sensible diferencia: pues sin embargo que desde el principio no me fueron repugnantes, en este día, como todas se presentaron de gala con sus colchas muy encarrujadas haciendo un lazo en el lado izquierdo, con rosarios de cuentas de vidrio muy gruesas pendientes del cuello, bien tendido el pelo, bañado el cuerpo y ungido de un aceite cuyo olor no desagradaba, tan limpias, que no consentían sobre sí una pequeña arena, me llevaron la atencion y sin duda alguna me parecieron mucho mas hermosas que antes.

El Rey mandó que las mugeres combatesen al puño como los hombres, y en efecto tanto se enardecían que á no separarlas de tiempo en tiempo no se dejarían diente ni muela; mas como me compadeciese sensiblemente, le pedí que cesasen, cuya súplica fué inmediatamente concedida, celebrando entre ellos la compasion con que miraba aquellas jóvenes combatientes.

Tambien mandó cantar á una vieja que tenía al cuello una vinagera de estaño, y esta no cesó por espacio de una hora, haciendo en sus tonadas infinitos gestos y ademanes en forma de representacion.

Por último se concluyó el juego retirándonos á su casa donde hallé la reyna, que me recibió con sus acostumbradas muestras de cariño, y preguntándole porque no había concurrido, me dijo que le desagradaban los combates.

Despedidos de ambos, estrechando mas nuestra amistad, llamándome su *Foja* que significa hijo, partí á embarcarme, y en este caso todo el con-

junto de Indios fodeó la playa haciendo muchos agasajos á mis gentes por que asistieron á su cortejo, de tal suerte que los mas vencedores me tomaron sobre sus hombros y me pusieron en el bote, pero el Tubou, que desde su casa veía aquella multitud y sabía cuanto me desagradaba que se acercasen á los míos, mandó á sus capitanes correr las gentes, y porque el inmenso pueblo no pudo separarse prontamente se llenó de tanta cólera que salió con un garrote dándoles recios palos, sin que fuese posible que los primeros pudiesen atropellar los que se seguían por mas que todos huyeron hacia el bosque, de suerte que á dos de ellos los cargaron como muertos é ignoramos si se restablecieron ó efectivamente perdieron la vida.

Como nada me faltaba para salir de aquel puerto me dispuse á intentarlo el día 13, pero entónces empezó á correr el recio temporal de N. y del N-E. que casi venía por la misma boca embarazándome la egecucion de mi partida.

El viento creció mucho, aunque la mar en aquella situacion apenas tuvo mas alteracion que la ordinaria, y sin embargo de las tres amarras sobre que me sostenia faltó el calabrote, quedándome con la esperanza y la tercera ancla.

El día 13 había cesado la dureza del tiempo, y virando para franquearme, hallé faltó el cable de la esperanza, de modo que ya no había mas recurso que la tercera ancla sobre que me sostenía, y estos accidentes me ocasionaron notable consternacion; pues de ellos y de cuanto habia experimentado en la navegacion resultaba no tener cable con que asegurarme por estar todos podridos segun faltaban, sucediendo lo propio con drizas, escotas, muras, brazas, chafaldetes, acolladores de las jarcias, y últimamente todo el pendiente, y respecto no resistía una sola estrepada, dándose caso en que se rompieron seis acolladores á un tiempo, poniéndome en la necesidad de meterles los palanquines de los cañones, á los obenques, sin que por esta precaucion los considerase seguros. Yo quise calar los masteleros, para que el crecido viento no hiciese trabajar los cables, y al guindarlos no hallé viradores que los suspendiesen, pues hasta los mismos calabrotes se hicieron pedazos, y dos únicas quindalezas que tenía nuevas con que fueron á las cuñas rompieron dos ó tres veces en la maniobra: al sacar la lancha, sin embargo de haberle dado los cuatro reales y la candelisa, faltaban las tiras, y arraigados de minuto á minuto, las drizas de gavia pocos dias dejaron de partirse; pues en el corto tiempo que bordeé entre las puntas, reventaron dos veces, y en fin solo aguardaba de dia en dia que las jarcias y éstas les sucediese lo mismo; pues los pocos nuevos que tenía en el pañol se tronzaban en el propio dia que se mudaban.

Esta general inutilidad me dejó con sola una ancla esperando que sucediese lo propio con ella, en cuyo caso ningun recurso me quedaba mas que el perderme en tan remota situacion.

Para apurar el último remedio di un cable á las peñas en ayuda del agua, y amarrando de esta suerte mandé rastrear con el reson el ancla y el anclote por espacio de veinte y cuatro horas cuya diligencia fué en vano por el mucho fondo en



que estaban.

Las congojas, que me cercaban, me privaron de asistir al nuevo convite que me hizo el Tubou para la misma fiesta; pero el que me llamaba hijo y sin duda alguna me amaba como á tal, no se olvidaba de mandarme cada tarde dos canastos de sus frutas, algunas gallinas y pescado, remitiéndome la gran cantidad que hizo juntar para este último juego, y visitándome á bordo, donde varias veces comió conmigo y se quedó á dormir la siesta en mi buque.

El día 16 intenté la salida sobre bordos con el viento contrario, y aunque la corriente me era opuesta, y la boca tan angosta que apenas daba lugar á las viradas, la llevaba vencida rebazando el último bordo por barlovento de todas las puntas; en cuyo caso rompió tal turbonada de la misma proa, que me abatió sobre las piedras entre quienes andaba y me vi mas empeñado que nunca; por cuya razón volví al mismo fondeadero á dejar caer el ancla, y dar en tierra con prontitud el cable, para asegurarme en el modo posible.

El día 18 mandé mi lancha con el primer piloto á sondar otra boca, que aunque formada de muchas islas nos daba lugar para salir con aquel viento, y vuelto bien enterado del mucho fondo que tenía limpia de bajos, y bastantemente ancha para repetir bordos si fuesen necesarios, me dispuse á la salida el día 19 en el cual me hallé á las dos de la tarde libre de todas las islas, cuya satisfacción era la mayor que por entonces envidiaba.

(Se continuará.)

## REVISTA SEMANAL.

### TEATRO.

CREO en la bondad y escelencia de casi todos los individuos de la nueva sociedad dramática; creo en el celo y tino del Sr. D. Tomas Brotons, su digno director y jefe, que no ha perdonado medio alguno para que fuese sobresaliente, que se ha esmerado en la eleccion de las nuevas piezas de su repertorio, que está preparado la representacion de los célebres dramas *Juan Sin Tierra*, *Las Guerras Civiles*, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte del *Conde de Monte-Cristo* y otras; que con mucha oportunidad ha vuelto á poner en escena los celeberrimos de *El Zapatero y el Rey* y *Las Mocedades del Cid* y que espía constantemente el gusto del público para complacer al mismo tiempo á los amantes de la comedia y del drama; creo en la poca deferencia con que unos y otros han correspondido á sus esfuerzos, en la posibilidad de que muy pronto cese semejante desaliento, y en la buena armonía que ha de reinar entre público y actores, agradeciendo cada cual los respectivos sacrificios. Así sea.

Tal es el fruto de las reflexiones que nos han sujerido las primeras representaciones de la compañía.

La Sra. Chiquero es una actriz muy estimable

que en nada cede á la Sra. Roca. Es cierto que en la primera no hay tanta fuerza, tanta pasión como en la segunda; pero aquella tiene en cambio mas sentimiento, mas dignidad, y á veces se eleva á mayor altura que la actriz con que la hemos comparado.

No es el Sr. Gallegos un actor regular, como por algunos se ha dicho: es un cómico de primera, que comprende y desempeña con la mayor inteligencia los mas opuestos papeles, y que desde luego se ha atraído la simpatía del corto, pero escogido público, que en la pasada semana ha asistido al teatro.

El Sr. Brotons se hace merecedor á nuestros elogios por lo mucho que ha adelantado desde la anterior temporada cómica: en la representación de *El Zapatero y el Rey* desempeñó con una propiedad increíble el difícilísimo papel de D. Pedro, y en la escena del horóscopo estuvo de tal modo inspirado que la concurrencia toda prorumpió en un solo y unánime aplauso, por largo tiempo prolongado. No menos feliz estuvo desempeñando el papel de Rodrigo en *Las Mocedades del Cid*: nuestro corazón se henchía de júbilo al escuchar las palabras del patriota castellano que gracias á lo perfecto de la ilusión nos parecían salidas de boca del mismo protagonista.

En esta última funcion el Sr. Gallegos que representaba el papel de Rey Fernando, nos dió una nueva prueba de sus preciosas facultades: imposible hubiéramos creído que con tanta magestad lo desempeñase el mismo á quien habíamos visto tan apasionado en el Pablo de *Por el y por mí*, tan grande en el noble Blas Perez de *El Zapatero y el Rey*, y tan vivo y descocado en el Contreras de la lindísima comedia de nuestro distinguido colaborador Rubí titulada *Honra y provecho*.

Y supuesto que hemos hablado de *Las Mocedades del Cid*, no podemos pasar en silencio la extrañeza que nos ha causado el ver acudir tan poca gente á su representación, mucho mas si recordamos que en las cuatro que obtuvo el *Trapero de Madrid* apenas se podía ya entrar en el teatro. A que se deberá este fenómeno, á lo antiguo y conocido del argumento? Creemos que no, supuesto que es eminentemente nacional, y lo que alhaga nuestro amor patrio nunca debe parecernos viejo ni cansado. Y una vez que esta noche se vuelve á poner en escena, consideramos un deber el prevenir á nuestros lectores que no falten á su representación, supuesto que esta lo merece algo mas que las comedias y dramas que nos vienen de Paris, donde tambien se llenan de vez en cuando los teatros al solo anuncio de *Le Cid*, imitación hecha por Corneille de nuestro ilustre Guillen de Castro.

BUENAVENTURA RUIZ.

ALGECIRAS: IMPRENTA Á CARGO DE D. RAFAEL CONTILLO.

